MEMORIA
DE LA II GUERRA
MUNDIAL





CAPITULO 2

AISA

Franklin D. Roosevelt, retrato de Douglas Chandor.

COLECCIONABLE
Página/12

El Reino Unido tuvo la serenidad suficiente para aguardar a que Estados Unidos, bajo la dirección de Roosevelt, entrara en el conflicto y poder así contener, primero, y aplastar después el poderío de la Alemania nazi. El historiador hispano-británico, George T. Powell analiza la memoria que se guarda de la guerra en su país. Jon Juaristi pasa revista a los recuerdos de Estados Unidos.

LA PERSPECTIVA ANGLOSAJONA

EL LEÓN

SI EL CONFLICTO OCUPA UN LUGAR TAN DESTACADO EN LA MEMORIA COLECTIVA BRITÁNICA SE DEBE A

Y EL

QUE MERECÍA LA PENA GANARLO. EN 1918 SE HABÍA PROMETIDO UN PAÍS NUEVO, PROMESA INCUMPLIDA, PERO A PARTIR DE 1945

UNICORNIO

HABRÍA QUE SATISFACER LAS EXPECTATIVAS SUSCITADAS DURANTE LA GUERRA **CHARLES T. POWELL**

Para la sociedad británica en su conjunto, la II Guerra Mundial fue, sin duda, la experiencia colectiva más importante del siglo XX. Ante todo, la posibilidad de una derrota militar definitiva, que hubiese traído consigo la invasión de las islas Británicas —posibilidad nunca contemplada seriamente desde las guerras napoleónicas—, movilizó a la sociedad en un esfuerzo bélico sin precedentes. Este esfuerzo colectivo tuvo un impacto decisivo sobre las percepciones individuales y colectivas de los británicos, que en gran medida han pervivido hasta nuestros días.


PETER MCINTIRE / ARCHIVO NACIONAL DE NUEVA ZELANDA

Aterrizaje en un pañuelo
La pericia de los aviadores británicos para posarse en los portaaviones de bolsillo, con el Atlántico siempre encrespado, era notable. Churchill pasea en *El Alamein* con una sombrilla.

A diferencia de la I Guerra Mundial, la segunda ha pasado a la historia como *the good war,* es decir, un conflicto en el cual se podía participar con la conciencia tranquila. Ello resulta un tanto paradójico si tenemos en cuenta que en vísperas de la guerra muchos británicos atribuían el expansionismo alemán a la obsesión francesa por imponer unos acuerdos de Versalles excesivamente duros. Por otro lado, todavía estaba reciente el recuerdo de las promesas incumplidas realizadas durante la primera guerra para justificar el esfuerzo ingente de los combatientes. Y por si fuera poco, la invasión alemana de Polonia en 1939, al igual que la de Bélgica en 1914, no parecía justificar una guerra, sobre todo después de haberse aceptado con resignación la ocupación de Checoslovaquia.

Si la decisión de declarar la guerra en septiembre de 1939 resultó relativamente popular, fue debido en parte al fracaso de la estrategia apaciguadora de Chamberlain, que había sido recibido con entusiasmo al regresar de Múnich con la promesa de *peace in our time.* Ello permitió entrar en el conflicto con el pleno convencimiento de que se había hecho todo lo posible por evitarlo. Sin embargo, lo que legitimó definitivamente la guerra a ojos británicos fue el avance inexorable de las tropas alemanas y la derrota fulminante de las potencias aliadas, y muy especialmente de Francia. Así, lo que se inició en septiembre de 1939 con el fin de defender el *status quo* en el continente, se convirtió a partir de junio de 1940 en una lucha angustiosa por la supervivencia.

La otra gran novedad de la segunda guerra, en lo que a su justificación moral se refiere, era el carácter pretendidamente ideológico del conflicto. Para quienes resultaba insuficientemente motivador el patriotismo clásico, contenido en la fórmula *king and country,* existía un argumento añadido: una derrota a manos de los nazis supondría no sólo una terrible humillación nacional, sino el triunfo del nazi-fascismo y la destrucción de la democracia en Europa. En la primera guerra, algunos combatientes se habían lamentado de que ésa no era *su* guerra; en la segunda, la gran mayoría de la población creía tener motivos sobrados para temer una victoria alemana. Ciertamente, la entrada en la guerra de la Unión Soviética como aliada imprescindible en junio de 1941 complicaría un tanto las cosas, sobre todo para quien, como Winston Churchill, había sido ▷

STEPHEN BONE / MUSEO MARÍTIMO NACIONAL BRITÁNICO




TELEF
Micha



DAME LAURA KNIGHT / IMPERIAL WAR MUSEUM

▷ enemigo acérrimo de la revolución soviética de 1917. Sin embargo, la incorporación de Estados Unidos en diciembre de ese mismo año consolidó definitivamente la idea de una causa común democrática.

Al margen de la retórica democrática —magistralmente parodiada por John Betjeman en su poema *In Westminster Abbey*—, resultó decisivo el hecho de que las (en otras latitudes) tan denostadas instituciones parlamentarias se adaptasen sin dificultades a una situación de crisis extrema, lo cual, a su vez, permitió a las autoridades preparar al país para la guerra con notable eficacia. La derrota parlamentaria de Chamberlain en mayo de 1940, su sustitución por Churchill al frente de un Gobierno de coalición, e incluso la contundente derrota de éste a manos de los laboristas en 1945, reflejaban la excelente salud democrática del país. Más aún, a pesar de las circunstancias que hicieron necesaria la Emergency Powers Act de agosto de 1939, los británicos siguieron ejerciendo los derechos y libertades a los que estaban acostumbrados, e incluso los objetores de conciencia recibieron un buen trato, o, en todo caso, mucho mejor que en 1914-1918. Todo ello explica la notabilísima sintonía existente entre gobernantes y gobernados, que nunca alcanzó esos niveles, ni antes ni después.

The good war es recordada asimismo como *the people war*, es decir, un conflicto en el cual se vio involucrada la gran mayoría de la población. En contraste con la gran guerra, la distinción entre combatientes y civiles fue mucho menos relevante debido en gran medida a los bombardeos aéreos a gran escala. Así, mientras que en la primera guerra murieron 720.000 soldados británicos y poco más de 1.000 civiles, en la segunda perecieron unos 270.000 combatientes y 90.000 civiles, dos terceras partes como resultado de los bombardeos. Éstos no sólo afectaban a los habitantes de las grandes ciudades, sino también a los de las zonas menos amenazadas, generalmente rurales, que acogieron a millones de niños y mujeres atemorizados. Conviene recordar que en el periodo 1939-1945 se registraron 60 millones de cambios de domicilio en una población que apenas contaba con 45 millones.

Ahí está el detalle

Arenga para conservar la moral en la retaguardia. Arriba, una mujer se concentra en una fresadora para conseguir la mayor precisión posible en la fabricación de un cañón británico.

MICHAEL FORD / IMPERIAL WAR MUSEUM

Por otro lado, la segunda guerra fue una guerra *total* cuyo resultado habría de depender en gran medida de la capacidad industrial de los combatientes. Ello hizo necesario incorporar a la población femenina tanto a las Fuerzas Armadas como a actividades industriales de las que hasta entonces habían sido excluidas. Al mismo tiempo, el racionamiento de los productos más básicos —primero, de comida; luego, de ropa y jabón, y más adelante, de carburante— afectaba por igual a todos los sectores sociales.

El impacto de estos fenómenos fue enorme. Los bombardeos obligaron a personas de distintas clases sociales a convivir en refugios antiaéreos y otros espacios comunes. "Hoy día", escribía admirado el laborista lord Marley en 1941, "es bastante frecuente ver a ingleses hablando entre ellos en público sin haber sido presentados". Al mismo tiempo, las evacuaciones de finales de 1939 permitieron a muchas familias de la clase media rural entrar en contacto con mujeres y niños pertenecientes a la clase obrera urbana por primera vez en sus vidas. Por último, la creación de la Home Guard —conocida como Dad's Army debido a la edad avanzada de sus componentes—, así como de organizaciones voluntarias para bomberos y policías, permitió a muchos no combatientes aportar a la causa común. Todo ello contribuyó a forjar una solidaridad y unidad de propósito sin precedentes entre gobernantes y gobernados, entre las distintas clases sociales, entre las distintas regiones del país y entre el campo y la ciudad. El descubrimiento de que ante una grave amenaza exterior que afectaba a todos por igual la sociedad británica era capaz de reaccionar como un solo hombre sorprendió y conmovió a muchos de sus componentes.

En aquellos días era bastante frecuente ver a ingleses hablando entre ellos en público sin haber sido presentados

Evidentemente, el mito no siempre se correspondía a la realidad. La guerra trajo consigo nuevos impuestos directos e indirectos, que algunos pagaban con desgana, y el racionamiento fomentó un mercado negro floreciente. La publicidad que se le dio a las escasas bombas caídas sobre Buckingham y Whitehall revelaba cierto nerviosismo ante el hecho de que un porcentaje desproporcionadamente alto de proyectiles llovía sobre los modestos hogares del East End, más accesibles para los aviones alemanes que las zonas comerciales y residenciales del oeste de Londres. Por lo general, las mujeres de cierta posición social realizaban preferentemente labores administrativas en las Fuerzas Armadas, mientras que las de clase obrera eran enviadas a las fábricas o al campo. Muchas de las familias de clase media rural que en 1939 recibieron a los niños de las zonas industriales más deprimidas, a menudo piojosos y mal nutridos, no volvieron a ofrecer sus casas cuando comenzó el *blitz* al año siguiente. A pesar de haber sido prohibidas en julio de 1940, a lo largo de la guerra se produjeron numerosas huelgas, y solamente en 1944 se perdieron 3,7 millones de días de trabajo por este motivo. (Sin embargo, a pesar de intensos bombardeos que interrumpían el sueño y desbarataban las comunicaciones, en 1940-1941 hubo menos absentismo laboral que en tiempos de paz). Las autoridades también cometieron algunos errores, como la creación de una *columna silenciosa* de espías a instancias del ministro de Información, Duff Cooper, con el fin de delatar a quienes no se mostrasen convencidos de la victoria. Afortunadamente, esta iniciativa, considerada "poco británica", fue cancelada poco después.

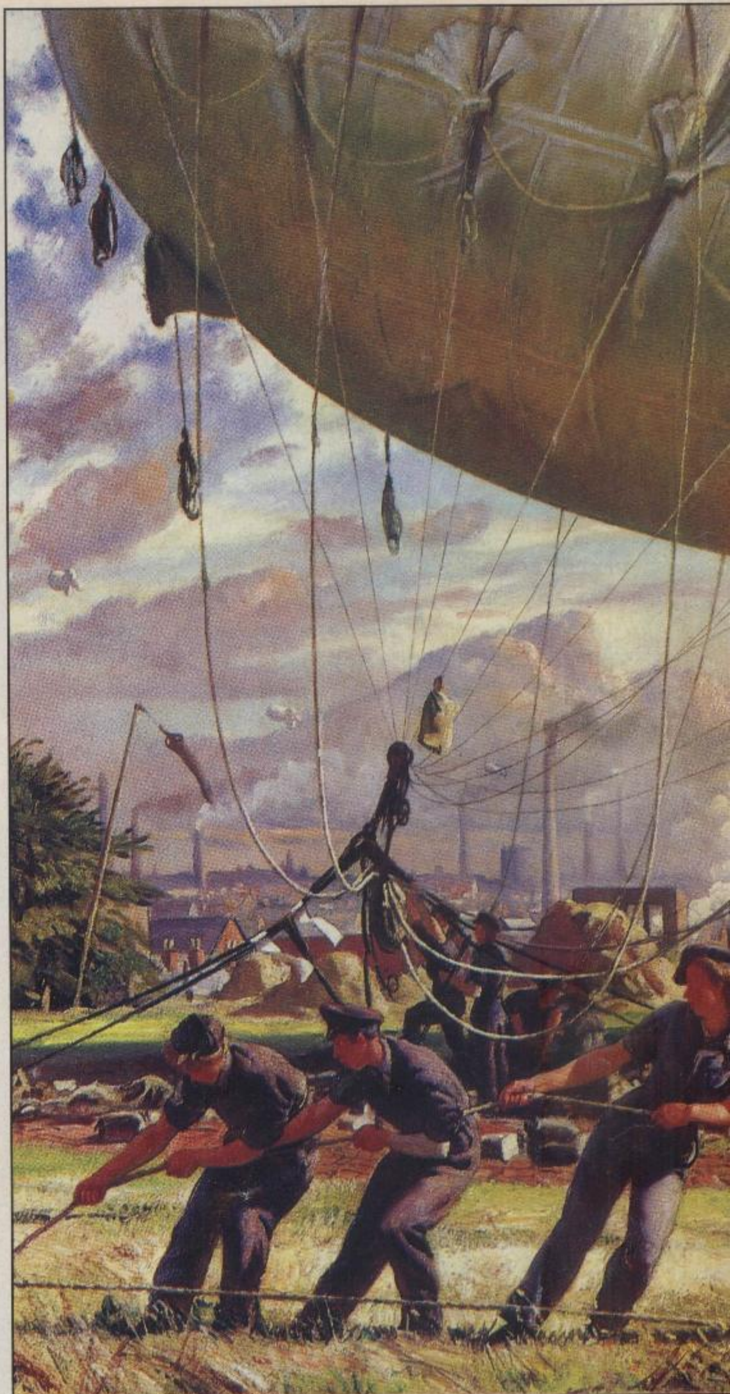
La sintonía entre quienes mandaban y quienes obedecían también se hizo patente en el campo de batalla. Ello, posiblemente se debió no sólo a la percepción de la guerra como algo justificado y popular, sino también a la inexistencia de condiciones de una dureza comparable a las de las trincheras durante la primera guerra. Por otro lado, mientras que en 1914-18 la mayoría de los oficiales eran aristócratas, en 1939-45 muchos pertenecían a las capas medias de la sociedad, gracias al proceso de profesionalización experimentado por los ejércitos en el periodo de entreguerras. Fuesen éstos u otros los motivos, por lo general la tropa estuvo más dispuesta a depositar su confianza y obediencia ▷

▷ en manos de sus oficiales. Ello se tradujo en un nivel menor de deserciones (el 0,7% anual en 1939-45 frente al 1,28% en 1914-18) y de motines, por participar en los cuales tan sólo fueron ejecutados tres soldados británicos en toda la guerra.

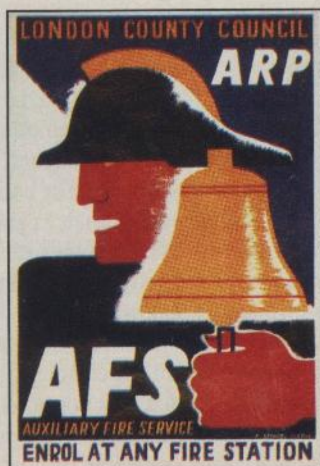
A tenor de lo anterior, quizás no deba sorprendernos que la segunda guerra tuviese un impacto sobre la literatura británica muy inferior a la de su predecesora. Si la segunda guerra no produjo grandes poetas, fue en parte porque la generación de 1914-18 lo había dicho todo sobre los horrores de la guerra. Ni Keith Douglas, el más parecido a los soldados-poetas de la primera guerra, que luchó como tanquista, ni Roy Fuller, que lo hizo en la Royal Navy, ni tampoco Louis MacNeice, el poeta del *blitz,* lograron tan siquiera aproximarse a la intensidad de un Wilfred Owen o un Rupert Brooke. Por otro lado, el consenso existente en torno a los fines de la guerra (y a los medios empleados para ganarla) hicieron imposible la aparición de un nuevo Siegfried Sassoon. La dimensión brutal y a la vez heroica del conflicto —reflejada, por ejemplo, en las 30.000 bajas sufridas por la Marina mercante— inspiró novelas memorables, tales como *The cruel sea,* de Nicholas Monsarrat, pero su impacto fue, sin duda, menor al de películas notables como *In which we serve,* de Noel Coward, o *The way to the stars,* ambas de marcado sabor patriótico. En cambio, la novela siguió siendo el vehículo idóneo para explorar las tensiones sociales que ni siquiera la guerra podía ocultar, como demostraría Evelyn Waugh en su trilogía *Sword of honour.*

Una derrota supondría no sólo una terrible humillación nacional, sino la destrucción de la democracia en Europa

El tiempo transcurrido desde el final de la guerra no ha alterado de forma significativa el consenso existente entonces sobre los fines y los medios. Como pudo comprobarse en 1985 con motivo de su 40º aniversario, desde el punto de vista británico, el episodio más controvertido de la guerra sigue siendo el bombardeo de la ciudad de Dresde en febrero de 1945, que se saldó con unas 135.000 víctimas, más aun que en Hiroshima. Si ya entonces existían serias dudas sobre la justificación militar de un bombardeo de este tipo hasta el punto de poner a Churchill en un serio aprieto ante el Parlamento, no debe extrañarnos la polémica que se suscitó en amplios sectores de la opinión pública británica en 1994 con ocasión de la dedicación de una estatua a la memoria de Arthur *Bomber* Harris, jefe del British Bomber Command. Si el argumento esgrimido entonces por Churchill —"ellos empezaron antes"— carecía de entidad en 1945,











DAME LAURA KNIGHT / IMPERIAL WAR MUSEUM

cuatro décadas después producía un rechazo casi universal.

Si la II Guerra Mundial ocupa un lugar tan destacado en la memoria colectiva británica se debe, en última instancia, a que merecía la pena ganarla. Durante la primera guerra se había prometido a los combatientes que al regresar a casa se encontrarían un país nuevo, *a land fit for heroes,* promesa que no se cumpliría pese a la introducción del sufragio cuasi-universal en 1918. Plenamente conscientes de ese precedente, en 1939-45 los gobernantes comprendieron que en esta ocasión tendrían que satisfacer las enormes expectativas suscitadas. De hecho, en un contexto en el que un documento oficial, el *Informe Beveridge,* de 1942, que contenía las propuestas básicas del futuro Estado de bienestar, podía vender más de medio millón de ejemplares, hubiese sido arriesgado no hacerlo. Después de *the people's war* se imponía *the people's peace.* Nadie duda hoy día —ni se dudó entonces— que las medidas introducidas por el Gobiero laborista en 1945-50 jamás se habrían adoptado de no haber sido por la guerra. Y ello porque ésta sirvió, entre otras cosas, para legitimar la intervención del Estado tanto en la economía como en la sociedad y para desprestigiar aún más unas prácticas capitalistas que se consideraban anticuadas y que se asociaban inevitablemente a la depresión y el desempleo de los años treinta.

Y sin embargo, a otro nivel, la segunda guerra se percibió ya entonces —y se contempla hoy día— como una gesta tan noble como inútil, ya que no sólo no sirvió para frenar un proceso de decadencia detectado muchas décadas atrás, sino que incluso contribuyó a acelerarlo. Lord Keynes calculó en su día que la guerra había destruido una cuarta parte del total de la riqueza del país, y otros se apresuraron a subrayar las nefastas consecuencias de un endeudamiento desmesurado. Por otro lado, las promesas realizadas en casa tuvieron amplio eco entre la población de las colonias, que no tardaron mucho en pasar factura por el apoyo prestado. Que Estados Unidos y la URSS serían los principales beneficiarios de la guerra era algo que Churchill hubo de aceptar ya en 1943. En cambio, el hecho de que poco después incluso los países derrotados en la guerra —y no sólo Alemania y Japón, sino también Italia— podían alcanzar niveles de crecimiento económico y bienestar social comparables o superiores a los británicos, parecía confirmar definitivamente que, si bien se había ganado la guerra, se había perdido claramente la paz.

Sargento en jarras

Un pelotón, dirigido por una mujer con el empleo de sargento, se dispone a elevar un globo en la ciudad de Coventry (Inglaterra) para obstaculizar la acción de la aviación alemana en 1940.









EE.UU: DE LA ÉPICA A LA FLAGELACIÓN

LA ÚLTIMA CONTIENDA MUNDIAL HA PASADO DE SER UN HECHO REAL A CONVERTIRSE EN UN ACONTECIMIENTO HISTÓRICO EN LA MEMORIA COLECTIVA DE LOS NORTEAMERICANOS. POR EL CONTRARIO, LA GUERRA DE VIETNAM ES TODAVÍA UNA PRESENCIA INQUIETANTE, INCLUSO EN LAS CALLES DE LAS PRINCIPALES CIUDADES

JON JUARISTI

GRIFFITH BAILEY COALE / U. S. NAVY COMBAT ART COLLECTION



Resulta irónico que los americanos tuvieran que combatir, entre 1941 y 1945, en dos escenarios representados por discursos que les eran ajenos y poco propicios a la empatía: en una Europa demasiado marcada por los relatos de origen (Sicilia, Italia, Normandía y el suelo alemán), y en las islas del Pacífico, que habían nutrido desde el siglo XVIII el imaginario europeo con ensoñaciones edénicas. Un espacio agobiado por la historia y unos archipiélagos intemporales; el mundo del Ciudadano Grecolatino y el mundo del Buen Salvaje, ambos caídos bajo las férulas de dos imperios *bárbaros.* Esta circunstancia modeló la visión americana de la guerra, que cristalizó en imágenes estereotipadas del bien, encarnado por ellos, y del mal (por nazis y japoneses), imágenes sólo posteriormente enriquecidas —que no modificadas— por nuevas aportaciones: la del enemigo soviético, desde la década de los cincuenta, y la del peligro islámico, a partir de la primera crisis del petróleo, y, más acusadamente, desde la crisis de los rehenes en Irán, en 1979. Pero, con todo, resulta sorprendente la resistencia de los estereotipos de la II Guerra Mundial: piénsese, por ejemplo, en productos cinematográficos relativamente recientes de Hollywood, como *Star wars,* de George Lucas, en que un héroe inequívocamente americano libra a una vieja civilización semimedieval (y monárquica, por más señas) de la amenaza de un imperio cuyos servidores visten una versión estilizada del uniforme de la Wehrmacht y obedecen las órdenes de un Dark Vader ataviado como un híbrido de general de las SS y caballero teutónico. Es cierto que, en la segunda mitad de los ochenta, la imaginería nazi (y japonesa) empezó a desaparecer del celuloide, reemplazada por lo que podría llamarse la materia de Indochina *(Apocalypse now, The shorttimers, Burger Hill, Platoon* o *Killing fields,* entre otros muchos títulos de calidad bastante inferior).


ALBERT RICHARDS / IMPERIAL WAR MUSEUM

Como decía Péguy, hay una hora clave en que cada acontecimiento pasa de ser real a ser histórico, y quizá esa hora ha sonado ya para la II Guerra Mundial. En Estados Unidos, la guerra de Vietnam es todavía una presencia inquietante. Todavía vagan por las calles veteranos sin techo que no supieron o no pudieron adaptarse a la vida de retaguardia. De vez en cuando, alguno de ellos —aparentemente integrado— sale a la calle y vacía el cargador de un fusil sobre los transeúntes. Hay aún demasiada frustración, demasiada herida abierta. Los veteranos de las batallas de Guadalcanal y Normandía rondan ahora los 80 años. Ésta es, para ellos, una época de revisión y análisis despiadado de viejas certidumbres, de desvanecimiento de leyendas.

La primera de ellas cayó hace tiempo: la que se refiere a la supuesta eficacia de la máquina de guerra americana. En realidad, la historia militar de la II Guerra Mundial es, pocos parecen hoy dudarlo, una historia de incompetencia. La lista de soldados víctimas de aquello que, durante la guerra del Golfo, pasó a denominarse *fuego amigo* fue mucho más extensa que la de las bajas por ▷

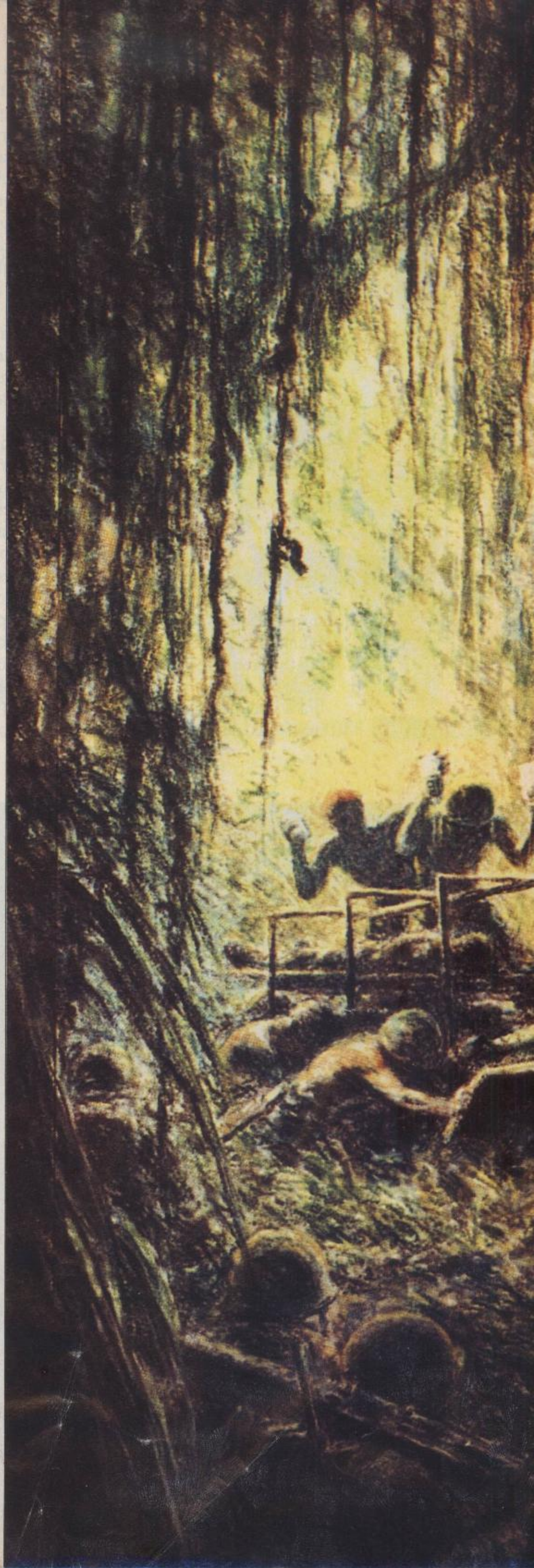
Uno hundido, cinco tocados

Aviones de Estados Unidos hunden un portaaviones japonés y dañan seriamente a otros en la batalla naval de Midway, junio de 1942. Paracaidistas aliados se posan en Normandía (arriba).

▷ el mismo motivo durante la gran guerra. Los errores de coordinación, las deficiencias de las comunicaciones y, sobre todo, la infundada confianza en la precisión de la fuerza aérea (representada a comienzos de la contienda por los grandes bombarderos, los B-17, B-24, B-26, etcétera, directos antecesores de las superfortalezas) están en el origen de la mayoría de los desastres causados por el Ejército americano en sus propias filas. En julio de 1943, durante la invasión de Sicilia, la artillería antiaérea americana, que había sido previamente advertida de la inminencia de ciertas operaciones de su aviación, confundió los aparatos de la 89ª División Aerotransportada con bombarderos alemanes, y abrió fuego contra ellos. Antes de percatarse de la equivocación, consiguieron abatir 23 aviones de transporte con 229 hombres a bordo. El año siguiente, las fuerzas aéreas se tomaron la revancha durante el desembarco en Normandía. En el curso de la llamada Operación Cobra, que tenía como objetivo dar cobertura a los *marines* en las playas próximas a Saint-Lô, 1.800 bombarderos atacaron durante dos días sucesivos, el 24 y 25 de julio, los alrededores de la cabeza de playa, con un saldo final de 25 soldados americanos muertos, 131 heridos y un número no determinado de bajas entre los civiles franceses residentes en la zona. Las chapuzas más o menos trágicas fueron asimismo frecuentes en la guerra del Pacífico. En 1943, el navío de transporte *McCawley,* cargado de tropa, fue enviado al fondo por una torpedera de pabellón americano a cuyo capitán se le había asegurado que todos los barcos que operaban en la zona eran japoneses. Un año después, en octubre de 1944, fue un submarino americano, el *Snook,* el que hundió, como estaba prescrito, al mercante japonés *Arisan Maru,* que transportaba varios miles de prisioneros americanos desde Filipinas a Japón. En fin, no fueron raras las catástrofes provocadas por confusión de las maniobras de entrenamiento con acciones de fuego real. Entre ellas, la más grave tuvo lugar el 24 de abril de 1944, cuando la IV División de Infantería se entrenaba en la costa de Devon para la futura invasión del continente. Mientras los 200 navíos americanos se acercaban a la costa inglesa para proceder al simulacro de desembarco, nueve lanchas rápidas alemanas que, procedentes de Cherburgo, se habían unido al convoy durante la noche, consiguieron hundir dos lanchones y dañar seriamente otros muchos. Los muertos americanos ascendieron en esta ocasión a 749, entre soldados y marinos (casi todos ellos de tropa altamente cualificada).

Los trofeos japoneses más buscados en la retaguardia eran los uniformes y las codiciadas espadas de los oficiales

Gran parte de la mejor literatura americana sobre la II Guerra Mundial explotó, ya desde los años inmediatamente posteriores a la contienda, la escandalosa veta de la incompetencia de los mandos militares. Quizá la muestra más cáustica de esta literatura —que encontró su máxima expresión en la novela (así como el género más fecundo de la gran guerra fue, sin duda, la poesía)— sea la conocida *Catch-22,* de Joseph Heller (1961). Tanto en ella como en *The naked and the dead,* de Norman Mailer (1948), o en la tempranísima *Casualty,* de Robert Lowry (1946), la crítica a la desesperante estupidez de los jefes se une a feroces ataques contra el autoritarismo y la arbitrariedad, es decir, contra lo que en la jerga de la tropa se denominaba *chickenshit* (mierda de pollo). Los prejuicios de la sociedad norteamericana de los años cuarenta, mucho más dividida por antagonismos interétnicos que la actual, se reflejaban con una intensidad especial en el ámbito de las relaciones entre las clases militares. Es cierto que el estatuto civil de las minorías étnicas (judíos, negros, italianos, hispanos) salió considerablemente forta-





lecido del conflicto bélico. Éste fue un factor decisivo, por ejemplo, para la integración de los chicanos. Pero, durante el periodo de movilización, fueron los soldados pertenecientes a estos grupos las víctimas preferidas del *chickenshit*, el soldado negro o puertorriqueño de los guetos de Nueva York, el delicado intelectual judío, blancos favoritos de la brutalidad y del sadismo de los oficiales (y, sobre todo, de los suboficiales) *wasp*, son los que integran el microuniverso narrativo de estas novelas, magníficamente representado por el pelotón del sargento Croft en la obra de Mailer. La hostilidad de la tropa hacia los mandos intermedios alcanzó tal grado de virulencia que provocó la aparición, en los últimos años de la guerra, de una nueva disciplina en las universidades: la psicología militar, auspiciada por Kimbal Young y otros especialistas. Desde luego, los paradigmas del soldado en las películas de la época, así como en otros géneros populares (los tebeos de Milton Caniff, las ilustraciones de Norman Rockwell o las novelas apologéticas que encontraron más tarde continuidad en la obra de autores como Herman Wouk), son exclusivamente blancos y anglosajones.

En efecto, sería ingenuo negar la existencia de un elemento racista en la cultura militar americana de los cuarenta. Dicho elemento se manifestó con intensidad especial en la visión del enemigo y, sobre todo, en la representación de los japoneses en la iconografía de masas, que redujo a una broma inocente la bestialización de los alemanes en la propaganda aliada de la guerra de 1914-1918. Las imágenes zoomórficas de la caricatura periodística encontraron su correspondencia en un léxico despectivo que rebajaba a los *nips* o *japs* a la condición vegetal *(lemons)* o los asimilaba a monos *(apes)* o monos amarillos *(yellow apes)*. Uno de los más logrados neologismos derogatorios fue, precisamente, *jape*, telescopización casi joyceana de *jap* y *ape*. La confrontación con los japoneses en el Pacífico tuvo así unas connotaciones de ferocidad nunca igualadas en las campañas europeas. Un aspecto especialmente revelador de esta reducción del japonés a la mera bestialidad es la generalización de la caza de cabezas entre los *marines* de primera línea. Si los trofeos más buscados en la retaguardia consistían en piezas de uniforme y armas (las codiciadas espadas de los oficiales, las *katanas)*, fue práctica habitual entre los combatientes de primera línea la decapitación de los cadáveres japoneses y la posterior descarnación del cráneo en agua hirviendo para conservarlo como un recuerdo. Cabe admitir, por otra parte, que los japoneses se comportaron también con una brutalidad sistemática respecto a los prisioneros (muy pocas han sido, en efecto, las reivindicaciones literarias de la figura del enemigo japonés en la literatura americana; incluso la más audaz de todas, *The imperium of the Rising Sun*, de J. G. Ballard, no obvia los rasgos despóticos y crueles de una ética militar imbuida, a su vez, de un racismo agresivo frente a los occidentales y a los demás pueblos asiáticos). La reconciliación, propiciada por la mala conciencia americana tras el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, alentó un auténtico esfuerzo de comprensión, por parte de los vencedores, de los valores culturales de la sociedad japonesa (esfuerzos que se traducirían en estudios modélicos de índole antropológica, como *The chrysanthemum and the sword*, de Ruth Benedict). Nada semejante ocurrió en el caso de los alemanes y de los italianos. Respecto de estos últimos, la convicción más extendida entre los combatientes los estigmatizaba co-▷

La jungla del Pacífico

Mientras una columna observa la escena, un jeep desanda el camino a trancas y barrancas en una selva del Pacífico, convertido en ambulancia improvisada para heridos graves.



CHARLES BASKERVILLE / U.S. AIR FORCE ART COLLECTION

▷mo un pueblo débil, afeminado y cobarde, que se rendiría sin oponer demasiada resistencia. La abundancia de italoamericanos en las fuerzas que invadieron Sicilia en 1943 suavizó, desde el comienzo de la campaña de Italia, las relaciones con la población civil y con los prisioneros (conocida es, por demás, la colaboración que la Mafia siciliana prestó a los americanos en los preliminares de la invasión). La fuerte resistencia alemana en las ofensivas de Italia y del Rhin enconó los ánimos contra un enemigo al que se juzgaba estólido, doctrinario y fanático, pero hacia el que la opinión pública americana no se hallaba especialmente mal dispuesta en los momentos iniciales de la guerra. El descubrimiento de los campos de exterminio alentó, en los años siguientes a la derrota del Eje, la especie autocomplaciente de que fue la decisión de detener la matanza de los judíos europeos una de las principales razones de la entrada de Estados Unidos en la guerra. Nada más lejos de la verdad.

En 1976, Kurt Vonnegut ponía fin al prólogo de la segunda edición de su novela más famosa, *Slaughterhouse-five,* con la siguiente afirmación: "La atrocidad de Dresde, tremendamente cara y meticulosamente planeada, se reveló, a fin de cuentas, tan insignificante que sólo una persona en el planeta sacó algún beneficio de ella. Yo soy esa persona. Escribí este libro, que me hizo ganar un montón de dinero y forjó mi reputación. Calculo que saqué entre dos y tres dólares por cada muerto". Descendiente de un alemán de Düsseldorf que llegó a América en 1848, Vonnegut fue testigo del bombardeo de Dresde cuando se encontraba allí, en 1944, junto a varios centenares de prisioneros aliados. "Lamenté la destrucción de Dresde", escribe en el mismo prólogo, "porque sólo fue temporalmente una ciudad nazi, y, sin embargo, durante varios siglos había sido un tesoro artístico que perteneció a toda la humanidad". Es muy característico del *páthos* de la literatura de guerra este distanciamiento un tanto cínico del horror. Lo encontramos también en autores de la generación anterior: por ejemplo, en cierta confesión de Robert Graves contenida en *Goodbye to all that,* el impresionante memorial de sus tiempos de oficial en las trincheras de Flandes. Afirma Robert Graves no haber podido conmoverse jamás ante el espectáculo de los soldados muertos en la tierra de nadie, pero reconoce que le llenaba de indignación la visión de los caballos despanzurrados por las bombas. Tampoco en la novela de Vonnegut hay muestra alguna de piedad hacia las víctimas del bombardeo. La única muerte que lamenta el protagonista y trasunto literario del autor, Billy Pilgrim, es la de un soldado americano, profesor de Historia, acusado de saqueo y fusilado por rescatar de los escombros de una casa una pequeña tetera de porcelana. Estos desplazamientos de la compasión hacia el arte o la naturaleza encubren dos modalidades de la experiencia de la guerra. Graves subraya lo inevitable de la anestesia moral en el soldado de primera línea, obligado de continuo a matar a un enemigo anónimo que intenta, a su vez, aniquilarle. La objetividad apática y estetizante de Vonnegut delata la imposibilidad angustiosa de reducir una matanza de dimensiones no imaginables a las categorías habituales del duelo. Como Fabrizio del Dongo en Waterloo, Pilgrim (es decir, Vonnegut) no pudo tener sino una impresión fugacísima, caótica y fragmentaria del acontecimiento. Ante la ausencia de estimaciones oficiales, Kurt Vonnegut aceptó la cifra de muertos propuesta en 1964 por el *historiador* britanico David Irving, un conspicuo filonazi que se distinguiría años después en la histérica campaña *revisionista* de negación del Holocausto judío, y que estimaba el número total de víctimas mortales del bombardeo en 135.000, casi el doble de las registradas en Hiroshima.

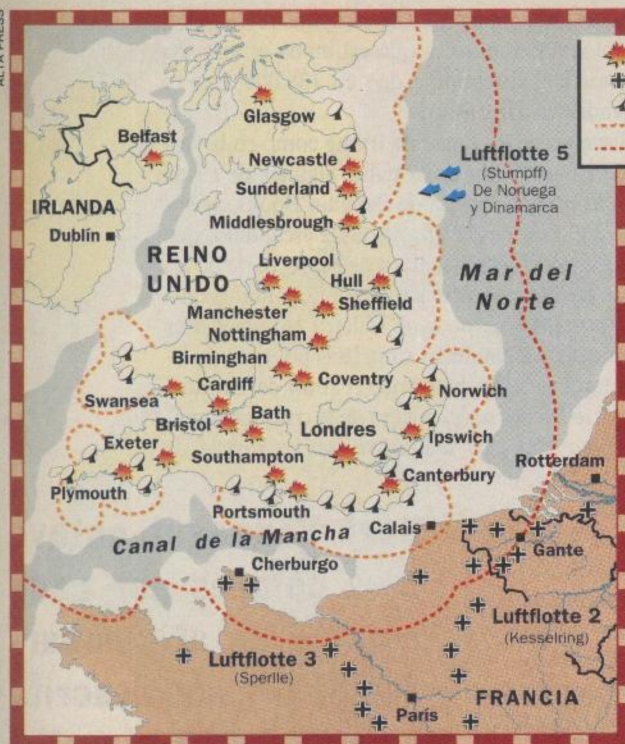
Respirar por la herida

Tertulia en un hospital. Cada uno cuenta su caso. Según los psicólogos militares, los heridos deseaban regresar al frente más por compañerismo que por grandes ideales.

Tanto en la utilización de los datos de Irving como en la vindicación literaria de Louis-Ferdinand Céline, algunas de cuyas obras prologó para la edición inglesa de Penguin Books, se advierte en Vonnegut una deliberada búsqueda de escándalo, que define muy bien lo que podría ser la actitud de buena parte de los intelectuales progresistas americanos actuales a la hora de construir una memoria posmoderna de la II Guerra Mundial. Por supuesto, Vonnegut calla acerca de las simpatías políticas de Irving (como silencia también el hecho de que el autor del extraordinario *Voyage au fin de la nuit* sea el mismo de la criminal requisitoria antisemita *Bagatelles pour une massacre.* La novela de Vonnegut apareció en 1969, pocos meses después de la ofensiva del Tet y en medio de la desmoralización pública y del ascenso del movimiento antibelicista. La II Guerra Mundial se había convertido ya en metáfora, y sólo podía ser contemplada como falsilla moral o inmoral de la guerra del Vietnam. A partir de la publicación de la novela de Vonnegut, el discurso literario sobre la guerra de 1941-1945 se transformó en una parábola moralista y autopunitiva, como lo prueban las escasas obras de ficción a ella consagradas ulteriormente: novelas del estilo de *A midnight clear,* de William Wharton (1981). El problema de los hijos de soldados americanos y muchachas vietnamitas, entregados muchos de ellos por sus madres a los orfanatos de Bangkok, suscitó una conciencia retrospectiva de culpa respecto a los numerosos hijos ilegítimos que dejaron en Italia y Alemania los combatientes de 1944-1945. Análogamente, el alto nivel de drogadicción entre los veteranos de Vietnam repercutió en una revisión de las causas más frecuentes de las bajas no relacionadas directamente con las operaciones bélicas en la II Guerra Mundial: la cifra de soldados afectados por VD, un acrónimo empleado eufemísticamente por venereal diseases (enfermedades venéreas), fue solamente superada, entre octubre de 1943 y junio de 1945, por los casos de envenenamiento por ingestión de alcohol metílico. Pero, si un aspecto de la memoria histórica de la contienda atormenta sin tregua la conciencia de América, ése es, indudablemente, el del uso del primer arsenal atómico contra Japón. En agosto de 1981, Paul Fussell, antiguo teniente de *marines* en el frente europeo y uno de los más implacables críticos culturales que se hayan ocupado de las dos grandes conflagraciones de este siglo, se atrevió a publicar en *The New Republic* un artículo en el que, bajo un título provocador, *Thank, God, for the atom bomb (Gracias, Dios, por la bomba atómica),* recordaba cuál fue la alborozada reacción a la noticia del bombardeo de Hiroshima entre los combatientes que aguardaban, deprimidos y resignados, la orden de invasión del territorio japonés, operación cuyo coste en vidas americanas se había estimado ya en un número muy superior a las bajas totales de los desembarcos en Normandía y Guadalcanal. A las incontables voces airadas que se levantaron en su contra, Fussell respondió escuetamente: "Mi objetivo era ofrecer el punto de vista de un soldado, indicar la compleja situación moral de saber que la vida propia ha sido salvada porque las de otros han sido cruelmente destruidas". No parece, con todo, que esta ambigüedad sea menos insoportable para la memoria colectiva americana que el estricto sentimiento de culpa.

Kurt Vonnegut obtuvo tres dólares por cada muerto en el bombardeo de Dresde, descrito en una de sus novelas

ALTA PRESS





LA BATALLA DE INGLATERRA

El sábado 7 de septiembre, la Luftwaffe inició las incursiones aéreas sobre la capital del Reino Unido. El primer ataque del Blitz, como se conocieron a estas incursiones, empezó avanzada la tarde y continuó hasta las 4.30 h. de la madrugada con apenas una pausa de dos horas.



Cronología de la guerra (1939-1945)

La guerra relámpago

1939

1 de septiembre: Alemania invade Polonia.
3 de septiembre: Gran Bretaña y Francia declaran la guerra a Alemania.
17 de septiembre: La URSS invade Polonia.
28 de septiembre: Los alemanes ocupan Varsovia.
30 de septiembre: Acuerdo germano-soviético sobre partición de Polonia.
30 de noviembre: La URSS invade Finlandia.
13 de diciembre: Hundimiento del acorazado de bolsillo alemán *Graf Spee* en el Río de la Plata.

1940

12 de marzo: Acuerdo de paz entre la URSS y Finlandia.
9 de abril: Alemania invade Dinamarca y Noruega.
10 de mayo: Alemania invade el Benelux. Churchill, nuevo primer ministro.
29 de mayo: Evacuación de Dunkerque.
10 de junio: Italia declara la guerra a Gran Bretaña y Francia.
14 de junio: Los alemanes, en París.
16 de junio: Pétain, al frente de Francia.
22 de junio: Pétain firma un armisticio.
17-23 de junio: La URSS ocupa los estados bálticos.
Julio-octubre: Batalla de Inglaterra.
17 de agosto: El Reich decreta el bloqueo naval de Gran Bretaña.

El Mediterráneo

1940

5 de agosto: Italia invade la Somalia británica.
13 de septiembre: Italia invade Egipto
28 de octubre: Italia invade Grecia.
11 de noviembre: La aviación británica destruye gran parte de la flota italiana en Tarento.
9 de diciembre: Contraataque británico en Egipto y Libia.

1941

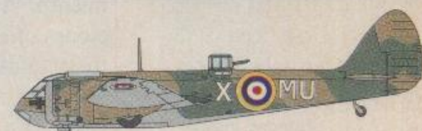
Enero-febrero: Nuevos reveses italianos en el norte de África.
6 de febrero: Hitler envía a Libia el *Afrika Korps*, al mando del general Rommel, para apoyar a las fuerzas italianas.
9 de febrero: La marina inglesa bombardea Génova.
Marzo-abril: Derrotas italianas en Abisinia y Eritrea.
3 de abril: Espectacular ofensiva de Rommel en el norte de África, que dura hasta finales de mayo.
6 de abril: Alemania ataca a Yugoslavia y Grecia.
13 de abril: Capitulación de Yugoslavia.
27 de abril: Capitulación de Grecia
20 de mayo: Los alemanes invaden Creta
27 de mayo: La marina británica hunde el acorazado *Bismarck*.
Junio-julio: Ingleses y franceses ocupan Siria y Líbano.




Hawker Hurricane I


Bolton Paul P82 Defiant I


Bristol Beaufighter I


Bristol Blenheim Mk 1F

ALTA PRESS

Sube el telón en 1939

El 1 de septiembre, las tropas del III Reich invadieron Polonia por Danzig. Dos días más tarde, Francia decretó la movilización general. El acorazado alemán *Graf Spee*, acorralado en Montevideo, fue hundido por su capitán en diciembre.





Claves de una batalla

1. Los ataques corrieron a cargo de bombarderos Heinkel He III, Dornier y Junkers, armados con bombas incendiarias y explosivos de gran potencia.

2. Durante los ataques nocturnos, estaba prohibida la luz. Los focos barrían el cielo, intentando mantener los aviones alemanes en su haz para facilitar el trabajo de la artillería antiaérea.

3. La zona de los muelles, los Docklands fueron el principal objetivo de las bombas. Algunos incendios ardieron durante días.

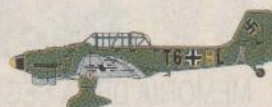
4. Grandes globos situados a una altura entre 900 y 1.500 metros. Sujetos mediante cables de acero formaban parte de la barrera de protección.



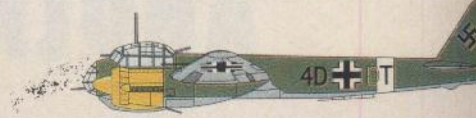
Messerschmitt Bf 110C-4



Messerschmitt Bf 109E-4



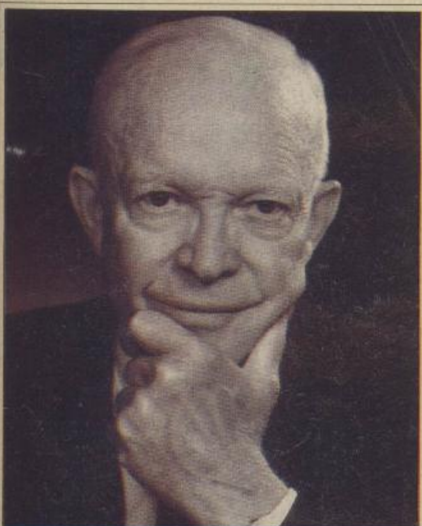
Junkers J 87B-2



Junkers Ju 88A-1

EISENHOWER

"El general Eisenhower", dijo Stalin en 1945, "es un hombre extraordinario, no sólo en razón de sus triunfos militares, sino también por su talante humano, amistoso, amable y franco". No era sólo así: era también —como se supo tras la apertura de sus archivos— un líder astuto y calculador, duro y frío en el juicio de sus colaboradores, ambicioso, que explotó con habilidad su apariencia de hombre afable y tranquilo. Pero en la guerra mundial, su personalidad exterior y su estilo de mando, los descritos por Stalin, resultaron decisivos. Primero sirvieron para que el general Marshall, jefe de Estado Mayor del Ejército norteamericano, le nombrara (junio de 1942) comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas en Europa; luego, para que se le designara (diciembre de 1943) comandante en jefe de las fuerzas aliadas (previamente, Eisenhower, graduado de West Point, había sido jefe de Estado Mayor de MacArthur en Filipinas y desde 1941 miembro del Estado Mayor general de Washington).



Explotó con habilidad su apariencia de hombre afable y tranquilo

En noviembre de 1942, Eisenhower organizó el desembarco aliado en África, la primera gran operación anfibia de la guerra; luego, la invasión de Sicilia e Italia, una imposición británica. Desde enero de 1944 le correspondió la responsabilidad de todas las operaciones que condujeron a la capitulación de Alemania. Su buen sentido militar, su inteligencia política, su capacidad de trabajo y su espíritu servicial y práctico fueron providenciales: todas aquellas operaciones, y en especial el desembarco de Normandía (junio de 1944), fueron extraordinariamente complejas, no todo salió bien en ellas y provocaron diferencias graves entre los mandos militares. Los británicos, por ejemplo, eran partidarios, tras Normandía, de desencadenar un ataque concentrado, rápido y directo sobre el corazón de Alemania; Eisenhower prefirió ahogar al enemigo con operaciones de despliegue por toda Europa y coordinar su estrategia con la ofensiva sobre Berlín del Ejército Rojo. Eisenhower no fue un militar carismático o militarista. Carente de preocupaciones intelectuales, fue un hombre de mente amplia, un gran conciliador, un líder tranquilo que supo infundir confianza y seguridad, claves para la victoria.

MONTGOMERY

Aunque el Ejército británico contó en la guerra con grandes generales, fue Montgomery —hijo de un misionero anglicano y de una madre extremadamente religiosa, y él mismo hombre de gran austeridad y estricta moralidad— quien simbolizó la contribución militar británica a la victoria.

Salido de Sandhurst en 1908, teniente coronel en 1926, general de división al estallar la II Guerra Mundial, su gran momento le llegó en agosto de 1942 cuando se le nombró comandante en jefe del VIII Ejército, destinado en el norte de África, donde meses antes las fuerzas alemanas mandadas por Rommel habían logrado brillantes victorias. Allí, Montgomery puso en práctica su particular concepción de la guerra: preparación meticulosa, entrenamiento riguroso, determinación inflexible, prudencia extremada y, sobre todo, no combatir hasta disponer de superioridad en fuerzas y recursos logísticos. Ésas fueron las claves de su gran victoria en El Alamein (23 de octubre-4 de noviembre de 1942), que invirtió el curso de la guerra en favor de los aliados, que facilitó el desembarco de éstos en el norte de África y que hizo posible, ya en 1943, la invasión de Sicilia e Italia (una campaña que Montgomery desaprobaba, pero en la que participó, al mando del VIII Ejército, hasta enero de 1944).



Fue el símbolo de la contribución militar británica a la victoria

Eisenhower le dio, después, el mando de las fuerzas de tierra en el desembarco de Normandía, una de las claves del éxito. Montgomery propuso, luego, lanzar una rápida ofensiva sobre Berlín por el Rhur, pero sus planes fueron descartados. Planeó entonces (septiembre de 1944) la Operación Huerto, un intento de penetrar en Alemania a través de Holanda, pero la operación fracasó en Arnhem y se frustró así la posibilidad de una victoria rápida. Tuvo aún otra actuación decisiva: él y Bradley lograron contener la contraofensiva alemana de las Ardenas en diciembre de 1944. Montgomery pasó luego a la ofensiva, cruzó el Rhin en marzo de 1945 y aceptó oficialmente, en Luneburg, la rendición de las tropas alemanas (4 de mayo), como si ello quisiera simbolizar que las guerras las ganan los soldados austeros, inflexibles y metódicos como Montgomery, no los aventureros ni los héroes teatrales y gesticulantes. / **J. P. FUSI**

Página/12

MEMORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Próximo capítulo: El mundo eslavo. La URSS y los Balcanes